

hará extensivo a los demás que comparten dicha condición... [la] 'euthymia' demanda que el ser humano mantenga, en todo, el equilibrio de su constitución psicofísica, a fin de poder integrarse y, a la vez, contribuir a la armonía universal..." (vol. II, p. 227).

No quisiera terminar esta nota sin mencionar lo que a mi modo de ver es el único defecto del libro (estoy consciente de que se trata de una apreciación personal, pero me temo que será compartida por otros lectores): la obra es demasiado larga. Por un lado, hay bastante material anecdótico que se hubiera podido suprimir (por ejemplo: vol. I, p. 352: "...entreteniendo al público con sus chistes y cabriolas"; p. 373: la información en torno a Ajícar). Por otro, son innecesarios, por ejemplo, la mención de Bergson (vol. II, p. 8), la descripción del mundo actual (vol. II, p. 209) y todo el epílogo.

Pero en términos generales, las excelencias del libro antes mencionado, lo hacen indispensable en las bibliotecas especializadas en filosofía griega y filología clásica, y su lectura, recomendable, particularmente a los especialistas en filosofía griega.

Ute SCHMIDT OSMANCIK

MOMIGLIANO, Arnaldo, *The Development of Greek Biography. Four Lectures*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1971, 127 págs. (de próxima publicación en FCE; traducción de María Teresa Galaz).

De próxima publicación en la editora Fondo de Cultura Económica, la obra de Arnaldo Momigliano, *El desarrollo de la biografía griega*, se basa en cuatro conferencias que el autor diera en la Universidad de Harvard durante el mes de abril de 1968. Posteriormente las preparó en forma de libro, y este salió a la luz en 1971.

En este trabajo, Momigliano se propone rastrear el origen de la biografía entre los griegos, con el fin de resolver tres interrogantes que inquietan a todo estudioso de la antigüedad: por qué los griegos nunca reconocieron que la biografía era un género histórico; cuál era la posición de la autobiografía ante la biografía, y qué

aspectos de la filosofía moldearon las formas de la biografía antigua.

Luego de una breve introducción acerca de la visión —histórica o no— que desde el siglo xvi hasta nuestros días se ha tenido de la biografía, en la que el autor hace la importante observación de que nunca como ahora dicho género ha sido “tan popular, tan respetado, tan fuera de controversia entre los estudiosos”, Momigliano se aboca directamente a buscar los primeros testimonios biográficos, en circunstancias de una casi total laguna de literatura biográfica y autobiográfica durante el siglo v a. C.

Sus fuentes se remontan a los antecedentes de la biografía en Grecia, con Teágenes de Regio, que ya en el siglo vi realizó investigaciones sobre la vida de Homero. Y con frecuencia el autor interpreta evidencias no utilizadas hasta el momento de su estudio, por su carácter de recientes descubrimientos; de aquí que fuentes ya bien establecidas alternen con papiros de publicación tan tardía como 1942, cual es el caso del *Papyrus Graeca Hauniensis*. Empero, también tiene que apoyarse en el *Evágoras* de Isócrates y en el *Agesilao* de Jenofonte, “que se describen a sí mismos como encomios”, y en la novela filosófica del último, la *Ciropedia*.

Obra profundamente documental y polémica, *El desarrollo de la biografía griega* hace un análisis minucioso de los conceptos de *bios* y *encomium*, *commentarii*, *historia* y *archaeologia* o *filologia* (la anticuaría romana), que manejaban los griegos. Rescata, no sin someterla a una severa crítica, la distinción que hiciera F. Leo, a principios del presente siglo, entre dos clases de biografías antiguas: la suetoniana, “combinación de un cuento en orden cronológico con la caracterización sistemática de un individuo y sus hazañas”, que, según Momigliano, entraría en el terreno de la anticuaría; y la plutarquiana —inventada, en realidad, no por Plutarco, sino por los primeros peripatéticos—, “un relato totalmente cronológico de los acontecimientos”, propio para narrar vidas de hombres de Estado —generales y políticos—. Rechaza la visión ideal del Peripato sustentada por Mommsen, liberando a este último de “la carga de haber inventado la biografía”, y el condicionamiento que personajes de la talla de Burckhardt, Dilthey, Stefan George o el propio Mommsen impusieron a la investigación sobre biografía griega, al haber inspirado a los historiadores que se ocuparon tanto de autobiografía como de biografía —con toda la dosis de individualismo que éstas pudieron tener—, como Bruns, Misch, Dihle y el mismo Leo. Y, en fin, pone de relieve cómo la curiosidad fue bastante importante en la determinación de la forma más antigua de investigación histórica,

“mucho más importante que lo que los estudiosos modernos están preparados para admitir”.

El carácter de minuciosidad y exactitud que posee la obra mencionada permite que el lector vaya excluyendo, en un orden de la más pura lógica, una hipótesis en favor de otra. Indudablemente que podemos apreciar, dentro de la línea de ese espíritu minucioso y exacto que caracteriza al filólogo y al historiador, un cierto gusto por la anticuaria, a partir de sus rastreos tan particulares acerca del origen de la palabra “autobiografía” (de fecha tan moderna como 1797); o de sus referencias a las relaciones que indubitablemente tuvo con Asia el género biográfico; o del rescate de interpretaciones tan novedosas como la de Mario Segre, acerca de que Sátiro estuvo influido por las *imagines maiorum* romanas, teoría que —según el autor— si bien no convence, es la única de la que disponemos hasta la fecha.

Ahora bien, si Momigliano busca afanosamente evidencias biográficas en la literatura del siglo v, a partir del iv los testimonios se hacen más abundantes y “permean todos los aspectos de la literatura”. En efecto, de epigramas en monumentos funerarios o en santuarios, se pasa por la *Carta VII* de Platón, por las biografías de Aristóteles y los peripatéticos —como Aristoxeno, que crea una figura inusitada de Sócrates—, a quienes caracteriza su debilidad por las anécdotas; por los nombres ya clásicos de Demetrio de Falero o Sátiro; hasta llegar a los *Commentarii* de Ptolomeo VIII Euergetes II sobre su gran antecesor, Ptolomeo Filadelfo; o, inclusive, a las *res gestae* autobiográficas de Júpiter, muy a la manera de las de Augusto, y no a la inversa.

La cantidad de material no impide la lucidez en los juicios, y muy acertadamente distingue Momigliano el cambio de espíritu que se da entre griegos y romanos, por el incremento de obras autobiográficas entre estos últimos; así, afirma: “Los aristócratas (*i.e.*, romanos) escribían sus vidas en beneficio de sus descendientes, así como escribían sobre sus antepasados en beneficio propio”. En Roma también se da una innovación: son los amigos o los libertos de tales aristócratas quienes se ocupan de los trabajos autobiográficos. En cambio, durante la época imperial, se pone en uso nuevamente la biografía, por ser “la forma natural de narrar la historia de un César”, amén de ser “el vehículo para ideas heterodoxas en política y filosofía”.

Y la historia termina —al menos en Roma— con la negativa de historiadores de la talla de Plutarco, Tácito o Suetonio a dejar que la biografía se vuelva instrumento de propaganda imperial. En resumen, “es agradable concluir haciendo notar que la biografía

romana contribuyó a mantener a los emperadores dentro de los límites de la mortalidad”.

Por último, sobre la separación entre historia y biografía, que tanto griegos como romanos reconocieron, Momigliano apunta que ésta permitió que hombres como un poeta, un filósofo, un mártir o un santo fuesen apreciados, así como fue posible apreciar lo humano de un rey o de un político; pues, en todo caso, la biografía sirvió para crear “una intencionada relación entre los vivos y los muertos”.

La obra que nos ocupa está complementada por una bibliografía selecta, que se subdivide en varios apartados de acuerdo al orden de los temas que se van tratando en los capítulos. Esto, al parecer, obedece a un deseo del autor de proporcionar instrumentos muy específicos de estudio, de acuerdo a los propios intereses de los lectores. Asimismo, contiene los índices de los pasajes mencionados y de los nombres propios que allí aparecen, con lo que facilita las eventuales consultas que suscite su lectura.

De todo lo anterior, es fácil deducir que la traducción de esta obra al español no sólo vendrá a llenar un vacío en lo que se refiere a los temas que desarrolla, sino que también proporcionará a los especialistas, y al público culto hispanohablante, un buen ejemplo de método científico aplicado tanto a la historia como a la literatura grecorromana.

Mariateresa GALAZ

MARASCO, Gabriele, *Commento alle biografie plutarchee di Agide e di Cleomene*, 2 v., Roma, Edizione dell'Ateneo, 1981 (1983), 675 págs. (Bibliotheca Athena. Nuova Serie, 1).

1. Es natural que en el periodo que media entre el desarrollo de una investigación y su publicación en artículos o libros aparezcan nuevos títulos sobre el mismo tema u otros afines, fenómeno particularmente común en historia antigua, dado lo exiguo de las fuentes.

Por ello, Gabriele Marasco tuvo que agregar una *addenda* al final de su comentario (p. 663-4), en la que hace pequeños juicios críticos sobre las publicaciones más recientes y que, por ello mismo,